



Teócrito

La hechicera

(Traducción de Marcelino Menéndez y Pelayo)

¿Dónde el laurel está? ¿dónde el encanto?
Quiero hechizar a Delfis que se aleja;
Ciñe la copa con vellón de oveja,
Yo, Testilis, diré mágico canto.

Doce días pasaron; no ha venido,
Ni a la puerta llamó de quien le ama;
Alejose sin duda, que otra llama
Venus y Amor en él han encendido.

De Timageto en la palestra espero
Mañana entre los púgiles hallarle
Y por qué me atormenta preguntarle;
Hora atraerle con encantos quiero.

¡Oh reina de la noche y las estrellas,
Hécate, que en los trivios escondidos

Do resuenan del perro los ladridos,
Negra sanguaza en los sepulcros huellas!

Da a mis hechizos fuerza poderosa,
Cual diste a los de Circe o de Medea,
Como a los de la rubia Perimea.
¡Brille pura tu faz, nocturna Diosa!

(A Testilis.)

Mira cómo esta harina el fuego abrasa,
Derrámala otra vez con golpe lento.
Testilis, ¿dó voló tu pensamiento?
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Atorméntame Delfi en amor ciego,
Vierte la sal, y di: «Lanzo a la llama
Huesos de Delfi.» ¡De laurel la rama
Cuán presto se consume en este fuego!

Como el laurel se abracará mi amante,
Derritirase cual la blanda cera;
Como rueda en mis manos esta esfera,
Vueltas dará a mi casa el inconstante.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Ofrezco hora el salvado... Mas tú, Diana,
Tú que mover podrás a Radamanto,
Nuevo vigor infunde a nuestro encanto.
No fue, Testilis, la plegaria vana.

¿No escuchas de los canes los aullidos?
Ya en los trivios está la negra diosa:
En la taza de bronce misteriosa
Resuenen secos golpes repetidos.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Mira tranquilo el mar, el viento en calma,
Mas no el amor de aquél cesa en mi pecho
Que primero ocupó mi casto lecho,
Y con la donceller llevome el alma.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Si se enciende en su amor mujer alguna,
Sea por él, oh diosa, abandonada,
Cual por Teseo Ariadna bien trezada,
En la playa de Naxos, clara Luna.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Con la planta de Arcadia, el Hippomanes,
De amor arden las yeguas corredoras:

Ven, Delfi, del gimnasio donde moras,
Furioso cual los bravos alazanes.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Una fimbria perdió de su vestido;
Lanzarela a la llama misteriosa.
¡Ay amor! cual sanguja cenagosa
Toda mi negra sangre has consumido.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Unge ahora, Testilis, los umbrales
Donde yace mi alma encadenada,
Sea por ti la ceniza derramada;
Mañana le daré zumos fatales.
Conduce, oh Yingx, aquel varón a casa.

Sola ya estoy; ¿por dónde la memoria
De mi perdido amor y eterno llanto
Comenzaré? ¿por dónde el triste canto?
Escucha, oh Luna de mi amor la historia.

Anaxo, la de Eubolo, Canefora,
Llevando vino la sagrada cesta
Al bosque umbrío, en la solemne fiesta
De la gallarda diosa cazadora.

Sonaban de las fieras los aullidos;
Una leona, entre ellas, africana,
De la sacerdotisa de Diana
Tocaba con su lengua los vestidos.

No lejos de mis puertas habitaba
Entonces la traciana Teucariza,
La de dulce memoria, mi nodriza,
Y a ver la sacra pompa me llamaba.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Tomé de Clearista el rico velo,
Vestí la blanca túnica de lino
Seguí a mi ama: en medio del camino
Vi a Delfis y a Eudamipo por mi duelo.

Cubierto de sudor, de la importuna
Liza tomaba el fatigado mozo;
Más rojo que Eliocrisio era su bozo,
Más brillante su pecho que la Luna.

¡Mísera! ¡cuál quedé! Luego del pecho
El fiero amor apoderose todo;
Ni vi la fiesta ni encontraba modo

De tornar a mi casa y a mi lecho.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Doce días en él yací doliente;
Ya mi color al tapso semejaba;
Huesos, tan sólo, el cutis encerraba;
Perdí el cabello, adorno de mi frente.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

¿Qué Dioses no invoqué? ¿De qué hechicera
No recurrí a los pérfidos encantos?
Mas no encontré remedio a males tantos;
Pasó el tiempo fugaz, no mi quimera.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Al fin llamé a Testilis, y le dije:
«El mindio Delfis en amor me abrasa;
Ve y observa no lejos de esta casa
Do Timageto la palestra rige.

»Allí suele venir; hazle una cierta
Señal que él solo entienda, y di: «Te ama
Simeta: ven a casa de mi ama...»
Y entró el hermoso Delfis por mi puerta.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Cuando pisó mi umbral, quedé turbada
Y muy más fría que la pura nieve;
Luego bañó mi frente un sudor leve
Cual escarcha del Austro congelada.

Ni pude hablar, cual niño ternezuelo
Que, en sueños, a su madre ver desea,
Y llamando a su madre balbucea;
Mi cuerpo endureciöse como un hielo.
Escucha, oh Luna, de mi amor la historia.

Entonces me miró, bajó los ojos,
Sentose sobre el lecho; y así dijo:
«Cual yo a Fileno en el correr prolijo
Me adelanté, ganando los despojos,

»Tal, oh Simeta, a mí te adelantaste
Llamándome a tu casa; yo viniera,
Lo juro por la diosa de Citera,
Pero tú mi venida apresuraste.

»Viniera a ti, de amigos rodeado,
Trayéndote de Baco las manzanas,
Con el fresco rocío más lozanas,

Del álamo de Alcides coronado.

»Gallardo soy y fuerte entre los mozos;
Si alcanzara de ti tan sólo un beso
Y en tu labio dejar mi labio impreso,
No anhelara, mi bien, mayores gozos;

»Pero si senda no encontrase abierta,
Con el hierro y el fuego la buscara,
Y teas y segures aprestara
Para allanar la mal cerrada puerta.

»Gracias doy a Afrodita la cipriada,
Y a ti también las doy, señora mía,
Pues del fuego voraz que me encendía
Me salvaste, Simeta, enamorada.

»Cuando oí de tu sierva el blando ruego,
Casi abrasado estaba por la llama,
Pues al ardor intenso de quien ama
De los liparios hornos cede el fuego.

»Por el amor con paso vacilante
Se levanta la tímida doncella,
Y el tálamo abandona esposa bella
Con el beso nupcial aun palpitante.»

Esto me dijo, y yo llegueme al lecho;
Que es fácil en creer doncella que ama.

.....
.....

¿Por qué cansarte más, amada Luna?
Al término llegamos del deseo;
Día tras día en mi mansión le veo,
Pero trocose luego mi fortuna.

Hoy, cuando apenas la rosada Aurora,
Dejando del Océano la arena,
Del cielo azul por la extensión serena
Guiaba su cuadriga voladora,

La madre de Filisto me decía,
La que tañe la flauta en mis jardines:
«Delfis tiene otra amada; en los festines
Brinda a su amor con báquica alegría.

»tiene el estadio de coronas lleno
No sé de quién, mas vive enamorado;
Tus caricias por siempre ha abandonado:
Orna de flores el umbral ajeno.»

Y la verdad me dijo, pues mi amante,
Que antes mis puertas sin cesar pasaba,
Y, por volver de nuevo, me dejaba
Siempre la copa dórica brillante,

No en doce días a mi puerta llama;
A otra ofrece tal vez flores y cantos;
Yo le atraeré con mágicos encantos,
Si le prendió de amores nueva llama.

Y al Orco lanzaré su alma mezquina,
Si afligiéndome sigue, emponzoñado
Con el jugo letal que me ha enseñado
La hechicera de Asiria peregrina.

Adiós, oh reina de velada frente,
Dirige al Océano tu cuadriga,
Y al carro ebúrneo de la noche siga
El coro de los astros refulgente.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario